

TEATRO MEXICANO CONTEMPORANEO

JOSE REVUELTAS

ISRAEL



SOCIEDAD GENERAL DE AUTORES DE MEXICO

The University of Chicago
Library



I S R A E L

Todos los derechos reservados por los autores

Para los derechos de representación teatral, de reedición, de realización cinematográfica, de transmisión radiofónica, así como para todos los derechos futuros, mecánicos y gráficos, dirigirse a los autores por conducto de la Sociedad General de Autores de México. — Dinamarca N° 21, — México, D. F.

PATROCINADORES
DE ESTA PUBLICACION:

Instituto de Bellas Artes y Literatura
Lic. Manuel R. Palacios
Sr. Manuel Suárez
Lic. Carlos Prieto

Impreso en México
Printed in Mexico

"Gráficos Guanajuato". — Bucareli 168. — México, D.F.

18

I S R A E L

*"...Y la tierra que yo he dado a
Abrahàm y a Isaac, la daré a ti: y a
tu simiente después de ti daré la tie-
rra...*

Génesis.—35-11

*Drama en tres actos, original de
JOSE REVUELTAS*

A

*José Ignacio Retes
y su Grupo Teatral*

LA LINTERNA MAGICA

Estrenado en el teatro del
Sindicato Mexicano de Electricistas
por el grupo teatral

“LA LINTERNA MAGICA”

el 13 de mayo de 1948
bajo la dirección de

José Ignacio Retes

| | |
|----------------------------|----------------------------|
| Rebeca | <i>Eugenia Bedoy</i> |
| Mamá Smith | <i>Lucila Alarcón</i> |
| Celeste | <i>Carmen Bracho</i> |
| Esau | <i>Ignacio Retes</i> |
| Tío Eleazar | <i>Eduardo Liconá</i> |
| Johnnatan Lincoln Fletcher | <i>Rafael Estrada</i> |
| Jimmy González | <i>Carlos Bocanegra</i> |
| Un Ranger | <i>Fernando Balzaretti</i> |

Con el poema de Langston Hughes “Canto de una mu-
chacha negra”.—Música de Silvestre Revueltas

J O S E R E V U E L T A S
I S R A E L

DRAMA EN TRES ACTOS

Epoca: actual

La acción en el campo petrolero de Amapola Village, en algún lugar del Estado de Texas, EE. UU., entre gente de color y un mexicano

PERSONAJES:

MAMA SMITH, 65 años, madre de Israel.

CELESTE SMITH, esposa de Israel, 40 años.

REBECA y ESAU, hijos de Israel, de 17 y 20 años, respectivamente.

JIMMY GONZALEZ, mexicano de 21 años.

TIO ELEAZAR, hermano de mamá Smith, 60 años.

JHONNATAN LINCOLN FLETCHER, 35 años.

UN RANGER del Estado de Texas, edad indeterminada.

ACTO PRIMERO

Interior de la casa de madera que habitan en Amapola Village los Smith. Es una especie de sala que sirve al mismo tiempo de dormitorio y de cocina. Una gran ventana, al fondo, se abre hacia la noche y a través de ella puede verse el bosque que forman las numerosas torres de los pozos petroleros; asimismo y gracias a la proximidad de la carretera, continuamente barren de luz el interior de la casa las ráfagas luminosas de los automóviles que pasan velozmente, atronando el aire con el ruido de sus motores. Casi enfrente de la ventana se encuentra la puerta de entrada a la cabaña de los Smith. Al abrirse el telón se advierte que la familia Smith se dispone a dar una gran fiesta. En las paredes hay guirnaldas de flores y Celeste Smith, subida en una silla, se ocupa de colocar unas guías de papel de China. Del lado de la cocina, frente al fogón, mamá Smith prepara un ponche, y equidistante a las dos, en otro lugar visible de la escena, Rebeca se ocupa en desarmar una vieja cama de latón. Rebeca está debajo de la cama y hace esfuerzos por desprender las tuercas de la cabecera. La cama está desnuda y a medio desarmar. La actitud de las tres mujeres está impregnada de esa afanosa alegría, que no repara en esfuerzos por cuanto al trabajo doméstico, propia de las mujeres en cuya casa se ofrecerá una fiesta y que desean, por ello, mostrar orgullosamente lo mejor. El piso reluce impecablemente pintado de amarillo congo. Celeste, mientras coloca guías y adornos, canta con los labios cerrados. Sin embargo y no obstante la alegría de esta casa, deben existir, en la escena, ciertas zonas que podrían llamarse tristes, ya sea por la luz que caiga sobre ellas o por algún objeto ca-

racterístico que les dé esa naturaleza. Se ven, aquí y allá, sillas de todas clases, cajas de jabón vacías para que se sienten los invitados, y, en el lugar que disponga el Director, un viejo armario desvencijado. Durante unos segundos sólo se escuchan la voz de Celeste, que canta con los labios cerrados, y los gruñidos sordos que lanza Rebeca ante las dificultades que ofrece la cama para ser desarmada.

REBECA.—(Desesperada. Sentándose en cuclillas) ¡Cristo! Después de todo, mamá Smith, aquí va a necesitarse la llave Steelson. Mis fuerzas no bastan para esta vieja cama. Te lo dije.

MAMA SMITH.—(Se encoge de hombros) Ese es tu negocio. Yo debo responder porque los invitados tengan buen ponche y tú porque los bailadores no tropiecen con la cama. (Amenaza con el dedo) Te aseguro que habría algo muy serio de enterarse Israel que yo te presté la llave Steelson. . .

CELESTE.—(Desde la silla. Conciliadora) ¡Mamá Smith! Tal vez podrías ser más indulgente y permitirte una excepción por tratarse de este día. Si llega a ser necesario yo misma le diré a Israel: (En un tono digno, tranquilo, casi solemne) "Israel: Rebeca se vió en la necesidad de usar tu llave Steelson, no porque hubiese pretendido saber manejarla mejor que tú, sino únicamente para desarmar la cama, aquel bello día —y me referiré a este día—, en que nos despedimos de la Congregación, con la más hermosa de las fiestas, antes de nuestra partida. ¿Te acuerdas? Fuí yo, Israel, quien puso en las propias manos de Rebeca la llave Steelson; yo personalmente". Así se lo diré. (En otro tono) Te aseguro, mamá Smith, que Israel no va a disgustarse por esto.

MAMA SMITH.—(Inexpugnable) Tú olvidas las cosas pronto, Celeste. (Recordando) Hace año y medio —y recuerdo esa Navidad porque el día siguiente, veintiséis de diciembre, se cumplía el tercer aniversario de lo ocurrido con Marjorie—, Israel no lo permitió al mismísimo Pastor Williams. "Perdóneme usted, Reverendo Williams —le dijo muy cortesmente—, pero creo que en

todo Amapola Village y aún en el Condado entero, no hay nadie que sepa comprender como yo esta llave Steelson". (Otro tono) Si no me equivoco tales fueron sus palabras...

REBECA.—(Suplicante, ansiosa) ¡Pero mamá Smith...! (Señala con la cabeza a Celeste) Ya oiste lo que dijo. Ella confesará todo a padre. Mamá se lo dirá... en caso de que no haya más remedio.

(Celeste trata de buscar una fórmula que no la comprometa del todo.)

CELESTE.—(Hacia mamá Smith) Durante algún tiempo podemos guardar el secreto. Yo no he dicho que mañana mismo se lo digamos; no es indispensable que Israel se entere desde un principio. (Persuasiva) ¡Compréndelo así mamá Smith!

(Mamá Smith parece haber accedido interiormente pero no quiere dejarse derrotar a las primeras escaramuzas. Se seca las manos en su delantal, parsimoniosamente, se vuelve hacia las otras dos mujeres y las mira, una a una y con detenimiento, dándose cuenta de la gran importancia que ahora reviste ante sus ojos. Rebeca finge un mohín y vuelve a meterse debajo de la cama para coninuar en el intento de desarmarla. Mamá Smith toma una silla en las manos y camina hacia el viejo armario. Sube a la silla y se vuelve hacia Celeste y Rebeca. Esta última no le hace caso.)

MAMA SMITH.—(Apuntando con el dedo) Sólo lo hago para que no se diga que soy inflexible. (Mueve la cabeza) Pero ciertas cosas tienen su gravedad... (Transición y cuidando su retirada ante Israel) Aunque... te podía permitir, Celeste, que jamás le dijeras nada a Israel de esto. (Casi para sí misma y a guisa de disculpa ante sus propios ojos) Como su madre que soy es posible que yo tenga derecho a darte este consejo. ¿Entendido?

REBECA.—(Desde abajo de la cama, lanza una exclamación) ¡Vaya! ¡La maldita tuerca ha cedido! (Saca

la cabeza) ¡Baja, mamá Smith! No será necesario que engañemos a nadie ni que ocultemos nuestras acciones...

(Al decir esto hace un movimiento falso y la cabecera de la cama cae sobre ella entrampándola ridículamente. Mamá Smith, desde la silla en la cual se encuentra encaramada, ríe con una jocunda risa sonora y en medio de grandes aspavientos y ademanes. Celeste reprime su propia risa y acude en auxilio de Rebeca librándola del trance. Rebeca se pone en pie furiosa, pero enseguida comprende lo ridículo de su situación y estalla en una jovial y limpia carcajada que también secunda Celeste. Mamá Smith baja de su silla, sin dejar de reír y se coloca frente a la cocina, para continuar preparando el ponche. Rebeca se echa a cuestras el tambor de la cama y sale hacia el interior de la casa. Se hace un silencio, que mamá Smith interrumpe de cuando en cuando con pequeñas explosiones de risa contenida. Pausa más o menos prolongada.)

CELESTE.—*(En tono nostálgico)* Puedes creerlo, mamá Smith, si te digo que siento dolor al abandonar Amapola Village.

(Mamá Smith mueve la cabeza a uno y otro lado.)

MAMA SMITH.—Yo no te diría que siento lo contrario, no. Pero mis sueños están puestos en Tampa desde que Amapola Village dejó de ser lo que era. *(En tono acusatorio y doliente)* Esta tierra se volvió mala. Era buena y se volvió mala. *(Aprensiva, con miedo extraño)* ¡Cuanto antes la dejemos será mejor!

(Entra Rebeca, que se dirige hacia donde está la cabecera de la cama, la toma, se la apoya en un hombro y sale, llevándosela al interior de la casa.)

CELESTE.—*(Como para sí misma. Dulce)* Sin embargo es triste pensar que no volveremos a ver personas como Jhonnatan Lincoln Fletcher, como Sócrates Elmer

Jhonson, como Voltaire Anderson, como Ulises Warren, como Telémaco Wriqth, como Napoleón Greenfield, como mamá Robenson y como el abuelo Thomas. (*Pausa. Suspira*) Cuando estemos lejos de Amapola Village siempre uniré su recuerdo a las sabias prédicas del Reverendo Williams y al de la santa resignación con que sobrellevó la desgracia de Marjorie Williams. Esta tierra nos ha enseñado mucho, mamá Smith. (*Pausa*) Nos ha enseñado que hay seres que saben sufrir mejor que nosotros. A pesar de lo que digas, nos ha enseñado mucho. (*Mamá Smith no responde, tiene los ojos cerrados y mueve los labios en silencio*) ¿Es que no escuchas lo que digo, mamá Smith...?

(*Mamá Smith permanece con los ojos cerrados y musitando entre labios. Después de un instante los abre.*)

MAMA SMITH.—Rezaba en silencio. Siempre que escucho el nombre del Pastor Williams, pronuncio una oración. Tú lo sabes: él murió de tristeza, y quien muere de tristeza es que muere por todos los demás y no tan sólo por sí mismo. No mataron a Cristo sus heridas sino la soledad de su Cruz, y de esta suerte murió por nosotros a causa de una inconsolable tristeza, en igual forma que el Reverendo Williams.

(*Celeste se limpia los ojos con el dorso de la mano.*)

CELESTE.—Me haces sentir remordimientos, mamá Smith. ¿Qué hubiéramos podido hacer por el pastor Williams? Recuerdo que yo atendí a su hija con los pocos conocimientos de mujer que tengo. Pero era imposible salvarla.

MAMA SMITH.—(*Suspira*) Ni su vida ni su muerte importaban ya, después de todo lo ocurrido. ¡Pobre Marjorie Williams! (*Pausa. Rencorosa y como con presentimiento*) Mala tierra esta de Amapola Village. No se habían visto antes vergüenzas tan enormes. No te duelas de abandonarla. (*Soñadora*) Iremos a los hermosos campos de Florida, a sus grandes y apacibles sembradíos de taba-

co. (*Con una mirada jubilosa*) ¡Noble labor, te digo! Tiene el tabaco hojas tan gigantescas que llegan a ser de la estatura de un hombre. He visto la fotografía en un magazín del propio Nueva York. No puede ser mentira. ¡Y luego, por dondequiera, sandías rojas, dulces, *sin dueño*, al alcance de tu mano! Trabajas bajo el rayo del sol y luego tomas una sandía y te la comes sabrosamente a la sombra de un árbol, tan feliz como el padre Adán antes del pecado. (*Pausa. Transición*) ¡Claro! Yo también extrañaré a nuestras amistades. ¡Las extrañaré mucho, como no! Pero de ahí a pensar que no las volveremos a ver nunca... ¡caramba! ¡Eso sí que no! ¡Oyeme bien Celeste: si hay un Cielo de los negros, ahí nos volveremos a ver las negras caras tú y yo y se las volveremos a ver a Zebedeo y Marjorie Williams, a Telémaco Whright, a Jhonnatan Lincoln Fletcher y a todos. ¡Caramba si no!

CELESTE.—(*Escéptica*) Se me ocurre, mamá Smith, si en Tampa no sucederán las mismas cosas malas que aquí en Amapola Village. Porque no es la tierra, mamá Smith, los hombres son los malos.

(*Periódicamente, y durante el diálogo anterior, han estado cruzando la escena las ráfagas luminosas de los automóviles que cruzan la carretera. Una ráfaga poderosa y brillante, acompañada del ruido irritante del motor de un coche, ha cruzado por la ventana a tiempo que Celeste termina sus palabras. Mamá Smith parece inspirarse en esta ráfaga para apoyar sus argumentos.*)

MAMA SMITH.—(*En tono airado*) ¡Oh, de ésto no habrá en Tampa, te lo aseguro! Ahí no hay puercas carreteras y nosotros sabremos construir nuestra cabaña lejos de todo ésto, lejos de cualquier carretera del demonio! Mira: Amapola Village no era tan mala sino hasta que vinieron éstos lamegüevos de la Standar Oil con sus carreteras y su petróleo. Antes de ellos nuestra casa estaba solitaria y tranquila. (*Como si la asaltara una duda*) Cierto que el petróleo es negro, pero eso no lo hace mejor. El hombre puede vivir sin pe-

tróleo, apenas con lo que santa y buenamente ofrece la superficie de la tierra. Ya ves, antes Amapola Village era un inmenso plantío de algodón y no obstante vivíamos... (*Pausa. Otra duda*) Ciertamente que el algodón es blanco, pero eso no lo hace menos bueno. Es que con la Naturaleza sucede al revés que con los hombres: lo blanco es bueno; lo negro es malo.

(*En estos instantes aparece Rebeca que se ha arreglado para la fiesta. Blanco vestido que contraste con el negro color de su piel; flores rojas y diadema de brillantes falsos en la cabeza, zapatos de un chillante color subido y con tacón alto, medias de Nylon y adornos sin fin. Cruza la escena elevando la nariz y contoneándose, para que la admiren.*)

CELESTE.—(*Con regocijada admiración*) ¡Oh, miren a nuestra Rebeca Smith!

MAMA SMITH.—(*Con fingida incredulidad*) ¡Es ella? ¡A ver! (*Se le aproxima para observarla. Mueve la cabeza*) ¡No lo creo! ¡Sólo tocándola! (*La toca*) Se parece bastante a Rebeca Smith, pero dudo que sea ella.

(*Todos ríen jovialmente.*)

CELESTE.—(*A Rebeca*) Sin embargo creo que te anticipas demasiado. Los invitados aún tardarán. Cuando lleguen vas a estar descompuesta.

REBECA.—(*Con secreta coquetería*) No tengas cuidado por ello.

MAMA SMITH.—(*Maliciosa*) ¡Vamos! Cuando una chica de diecisiete años se emperifolla de tal modo lo hace por alguien en particular y no por el Arcángel Gabriel. ¿Quién es el novio?

REBECA.—(*Con sencillez*) Lo conocerán cuando venga. (*Hacia Celeste*) Mam', me he permitido invitarlo.

CELESTE.—(*Jovial, como jugando*) ¿Quién puede ser? Son pocos los jóvenes que vienen. Miremos: Angel Davison, César Jackson, Zacarías Willson... ¿Es alguno de ellos?

(*Rebeca niega enfática y apasionadamente.*)

CELESTE.—(*Un tanto aprensiva*) ¡Blakie "El toro"? (*Negativa rotunda y casi indignada de Rebeca. Intrigada francamente*) ¡Quién puede ser...?

(*Rebeca aspira fuertemente, como disponiéndose a un trance lleno de dificultades. Trata de ordenar su discurso de la mejor manera.*)

REBECA.—Te pido disculpas, Mam', por haberlo invitado, pero él me lo suplicó. Quiere hablar contigo y... y pedirme en matrimonio. (*Titubeante*) Habrás oído su nombre. (*Suplica*) ¡No te enfades al saberlo: es Jimmy González!

(*Celeste y mamá Smtih se miran unas a otras, sin dar crédito a lo que oyen.*)

CELESTE y MAMA SMITH.—(*Consternadas*) ¡Rebecal

REBECA.—(*Tranquila, firme*) El quiere casarse conmigo y yo lo amo. (*Vehemente*) Lo amo como a nadie he querido jamás.

MAMA SMITH.—(*Inquieta, niega con la cabeza*) No puedes decir eso, Rebeca. Quieres burlarte de nosotras.

REBECA.—(*Con honrada vehemencia*) ¡Oh, nunca! ¡Estoy segura que me quiere! Es buen chico. (*Pausa. Triste*) No tiene la culpa por todo lo demás.

CELESTE.—(*Llena de presentimientos*) Naturalmente que no, hija mía. ¡Oh, santo Cristo, tengo miedo de que esto nos traiga desgracias!

MAMA SMITH.—(*Tratando de ser firme inútilmente*) ¡Nada de eso! La chica viene con nosotros a Tampa y asunto concluido. ¡Ninguna desgracia si lo planta para siempre en una esquina!

REBECA.—(*Firme*) El se casará conmigo y me llevará a otras tierras. Así lo ha dicho. Tierras maravillosas a donde no se persigue a nadie.

CELESTE.—Ni tu padre ni tu hermano estarán de

acuerdo. (*Muy inquieta*) Será mal visto por los nuestros... y por los otros.

MAMA SMITH.—(*Con enfado. A Rebeca*) ¿Qué diablos puedes ver en un blanco? ¿Acaso sus pelos lacios y estirados? ¿Su horrorosa piel muerta? ¿Sus labios insípidos? ¿Su cuerpo sin sangre que no despidе siquiera ningún olor? ¡Búscate un muchacho igual que tú! ¡Igual que todos nosotros! Musculoso, elástico, de hermosa piel oscura como la noche, que tenga voz para cantar y resista una semana bailando sin descanso como lo hacen nuestros alegres chicos. ¿Qué clase de descendencia tendrías con un paliducho blanco, apagado y frío como la luna?

REBECA.—(*Con desesperación*) ¡Oh, mamá Smith! Mam' ¡Compréndanme! El no es como los blancos que conocemos, que tienen odio en los ojos y hiel en las entrañas. (*Mueve la cabeza*) ¡No se cómo explicarlo! Únicamente su piel es blanca; todo lo demás es negro: su alma es negra, sus buenos sentimientos, su honradez, su cariño. Todo eso es negro en él. Yo lo entendí una noche que conversábamos, lejos de las últimas casas de Amapola Village. La obscuridad era tan espesa que no lográbamos vernos los rostros. Entonces era como si desnudos de toda vestidura, estuvieran ahí nuestros espíritus, uno dentro del otro, iguales, hermanos, sin diferencia alguna dentro de aquella gran alcoba de tinieblas. El hablaba y no eran sus labios los que pronunciaban las palabras, sino algo o alguien muy grande que nos hacía ser, al uno y al otro, una sola unidad; que nos hacía pertenecer al mismo Universo, a la misma misteriosa nación del alma donde no hay desigualdad entre los seres y todos tienen derecho al Bien, a la Justicia y al Amor. ¡Yo lo comprendí todo esa noche! ¡Lo comprendía tan claramente como que me llamo Rebeca Smith!

MAMA SMITH.—(*Impresionada a su pesar*) Oye pues, Rebeca Smith: todo eso me parecen malos pensamientos. Acarrearás grandes calamidades sobre esta casa. Ten piedad de los tuyos y de tu gente.

REBECA.—(*Con una convicción sobrehumana*) M

espíritu ha visto en la obscuridad. Ha visto en lo negro de la obscuridad. El amor nos iguala y nos hace seres humanos.

CELESTE.—(*Triste*) Sólo el amor puede moverte así los labios para que de ellos salgan las palabras que has dicho. El amor es un misterio: tú ves negro a Jimmy González y así ha de ser, aunque toda la gente lo mire blanco. Tú lo ves negro porque lo amas. (*Transición. Con alarma*) Pero ¡Dios!, ¿en qué estamos pensando? Si Jimmy González llega a venir esta noche, los nuestros le harán daño. (*A Rebeca*) ¡Corre a prevenirlo que no venga, de lo contrario ocurrirá una gran desgracia!

(*Rebeca hace impulsos de salir, pero mamá Smith la retiene, como si abrigara una idea repentina.*)

MAMA SMITH.—No tan de prisa. (*Hacia Celeste*) Es probable que valga la pena meditar sobre ese chico Jimmy González. Tal vez sea cierto eso de que se puede ser negro a pesar de la piel blanca. Algo le oí decir sobre casos semejantes al Reverendo Pastor Williams, después de la muerte de Marjorie. (*Pausa y en tono persuasivo*) Porque en realidad, Celeste Smith, ¿tú perseguirías a un blanco por su color? ¿Lo matarías y destruirías su cuerpo? ¡Ninguna mayor ofensa a Dios ni a ti misma! (*Pausa, y con dudas*) . . . Sin embargo, le doy vueltas al asunto y todavía no encuentro verdaderamente en qué consiste. (*Haciendo esfuerzos por recordar*) ¿Cuáles fueron las palabras del Reverendo Williams? ¿Qué fué aquéllo? (*Pausa*) Ahora me parece recordarlo: el cadáver de la desdichada Marjorie estaba envuelto en un lienzo amarillo y todos nosotros en derredor, entonábamos un Salmo. Sí, aquél que dice: "Bienaventurado el que piensa en el pobre, pues en el día malo lo librára Jehová. . ." De pronto alguien interrumpió y dijo: "Reverendo Williams, si usted lo desea, iremos y prenderemos fuego a las casas de los blancos". El Pastor Williams habló y estas son, ¡por Cristo!, sus palabras: "No tomemos venganza ni castigo —dijo—. No sería yo, con ser el más agraviado, ni sería Jhon-

natan Lincoln Fletcher, que también lo es, quienes lo aconsejáramos. Los blancos no son malos por ser blancos; hay también muchísimos blancos buenos, así como negros malos. Lo que pasa es que los hombres aún son criaturas muy atrasadas. Casi todavía no somos, en verdad, seres humanos. Si un blanco peca, ese es también pecado de los negros. Si un hombre, quien quiera que sea, peca en el más lejano de los lugares de la tierra, ese pecado también nos corresponde, porque todos somos uno y lo mismo". Nos quedamos callados, sin comprender estas palabras. Pero hoy creo comprenderlas. Ve, Rebeca Smith, y prevén a Jimmy González que no venga; pero dile que se espere y mañana huye con él. Huye sin tardanza! (*Pausa. Transición*) El habló de llevarte a otras tierras, ¿no es así? ¿Qué clase de tierras son?

REBECA.—Hacia el Sur, al otro lado de la frontera. La tierra de sus padres: México.

(Camina en dirección de la puerta de salida pero en esos instantes entra Esaú, su hermano mayor. Esaú viste para la fiesta, con pantalón a cuadros, vistosos tirantes, camisa de colores, corbata de moño. Arroja su sombrero en una silla haciendo un ademán elástico, largo, pausado. Luego da las buenas noches.)

ESAU.—¡Hola, mam'! ¿Padre no ha llegado aún? Lo vi en la taberna del viejo Monkey Speedy y temo que se embriague. (*De pronto advierte a Rebeca. Hace un mudo gesto de asombro y luego une sus manos, encogiendo los hombros, y rodea a Rebeca con pasos de danza*). Este es un sueño o estoy ante mi hermana Rebeca Smith? (*La toma de una mano y la lanza para unos pasos de buggy-buggy. La chica parece contagiarse y se desprende los zapatos con los pies, para danzar más fácilmente. Arquea las piernas y comienza a girar en derredor de Esaú. Mamá Smith y Celeste sonríen; a su vez se contagian de la seducción que para todo negro, en cualesquiera circunstancias, tiene la danza y comienzan a palmejar con las manos llevando el ritmo. Termi-*

nan de bailar y Esaú examina a Rebeca en perspectiva, sin soltarla de la mano) ¡Sedas, adornos, encajes, perfumes! ¡Nadie te reconocería! (Se aproxima a ella y le levanta el vestido para mirarle las piernas; enseguida acaricia las medias de seda con delectación y placer. Admiradísimo) ¡Medias de Nylon! ¡Niña!, te habrán costado un capital.

REBECA.—Han sido un regalo.

ESAU.—(Chasquea la lengua) ¡Tu novio ha de ser pariente de Henry Ford!

REBECA.—El regalo me lo hizo Peggy Ryan.

(Esaú queda mudo de la sorpresa. Lentamente gira hacia Celeste.)

ESAU.—¿Escuchaste, mam'? ¡Peggy Ryan le hace regalos a mi hermanita. (A Rebeca. Reprensivo) ¿Desde cuándo aceptas tú regalos de Peggy Ryan? ¡Mam', sabías tú eso?

CELESTE.—Hasta este momento. No creo que Rebeca haya querido ocultárnoslo.

REBECA.—(Sincera) Desde luego que no. Peggy Ryan es una buena mujer, aunque sea blanca.

ESAU.—(Con aspaviento) ¡Oigan lo que dice! ¡Abran bien las orejas y escuchen! ¡Es buena mujer porque le regala medias! (Sentencioso) Después de las medias seguirán otros regalos hasta que, sin sentirlo, se convierta en asignada de Peggy Ryan...

MAMA SMITH.—(Con enfado) No hables en esa forma, Esaú, te lo suplico...

(Camina hacia la ventana y finge atisbar hacia la carretera.)

REBECA.—Pues yo digo que no hay mal alguno en aceptar un regalo de Peggy Ryan. Y ella es buena, no por sus regalos, sino por sí misma, si cabe la palabra. Buena porque Dios la hizo en esa forma, como ha hecho los árboles, las flores o los animales... Padre mismo estuvo por la mañana a componer la tubería en

casa de Peggy Ryan y ella le dió tres dólares. No veo nada de malo en todo esto. Nada.

ESAU.—¡Explicáselo, mam'!

CELESTE.—(*En apuros*) No es fácil... Son cosas simples, pero que no se pueden explicar... así, de golpe... A Peggy Ryan la consideran mala los blancos porque su oficio no es honesto... Juzgan que la pobre mujer no es capaz de buenas acciones ni de sentimientos puros... Ahora bien, aunque sea blanca, Peggy es capaz de eso y mucho más; y vaya si su triste oficio importa tanto así para que siga siendo una buena mujer, a pesar de todo. (*Pausa*) Pero hija mía, tú debes devolver ese regalo. "Señora Peggy Ryan —le dirás—, mam' le ruega que no se ofenda, pero dice que no puedo aceptar su bonito par de medias". Eso será lo justo y decente.

REBECA.—(*Doliente*) ¡Oh, mam'! Son medias finísimas, compradas en el Yelow Store. Dice Peggy que el propio míster Brown la atendió personalmente. Que le dijo: "Señorita Ryan, aquí tiene usted la mejor media docena de medias nylon que nos queda". ¡El propio míster Brown, mam'!

ESAU.—(*Fastidiado*) ¡Basta de charla, Rebeca! Pondrás a todos de mal humor y eso es malo cuando se va a tener fiestas. (*Transición, alegre*) ¡Al diablo la tristeza! Negro con preocupaciones se vuelve más negro todavía. (*Camina hacia Celeste y la toma de una mano, en plan de bailar. Se vuelve hacia mamá Smith*) Mamá Smith, ¿podrías ofrecerme un vaso de ponche? (*Hacia Celeste*) ¡Sacudamos el cuerpo, mam'! ¡Suelta los pies! ¡Vamos! (*Grita y tararea una canción. Rebeca camina hacia la puerta.*)

REBECA.—Vuelvo enseguida.

(*Mamá Smith, que mira por la ventana, se vuelve y hace un ademán de silencio. Su ademán está tan cargado de significado oculto, que todos enmudecen y se inmovilizan como por encanto. De pronto la atmósfera ha cambiado y flota en los aires una especie de misteriosa e inexpresable inquietud.*)

MAMA SMITH.—(*Hacia Esaú, aprensiva*) Esaú: ¿tío Eleazar estaba asimismo en la tarberna del viejo Monkey Speed?

(*Esaú medita. También se siente invadido de una extraña aprensión.*)

ESAU.—Podría ser; pero no puedo asegurarlo. Tan sólo me asomé por las persianas...

MAMA SMITH.—(*Con ademán hacia la ventana*) Habrá bebido entonces en otro lugar. Por mi alma que viene borracho como una cuba y se tambalea mucho más de la cuenta. (*Pausa. Amenaza con el dedo*) ¡Rebeca, Esaú! ¡Cuidado con burlarse del pobre viejo cargado de penas! (*Todos se vuelven hacia la puerta en espera de la aparición del tío Eleazar. De pronto la puerta se abre de golpe y tío Eleazar irrumpe violentamente. Se bambolea como un ebrio, pero lo que se adivina en él es una tremenda angustia y una sobrehumana actitud de aniquilamiento y desesperación inexpresables. Se detiene y mira en su torno con ojos siniestros, de animal perseguido. Nadie se le aproxima. En realidad todos piensan que, de no estar borracho, cuando menos se ha vuelto loco. Tío Eleazar parece esconder algún objeto en el pecho, bajo el raído chaquetón. Defiende el objeto con miedo a que se lo descubran o a que se lo arrebaten. Después de unos momentos, casi se arrastra hasta llegar al fregadero, donde se inclina, abre la llave, y luego realiza maniobras misteriosas con el objeto que llevaba escondido. Se escucha un ruido metálico en el fregadero. Todos miran hacia tío Eleazar como con espanto. De pronto se interrumpe, y solloza lamentablemente, con un hipo gutural y cascado. Todos lo miran cada vez con mayor extrañeza. Mamá Smith indica silencio con el índice sobre los labios. En tono dulce y triste*) No llores, tío Eleazar. Bebiste, eso es todo. Rebeca preparará la cama. (*Al oír las palabras de mamá Smith, el sollozo de tío Eleazar se deja oír con más fuerza y dolor. Con inenarrable desesperación niega sacudiendo la cabeza a uno y otro lado. Con angustia, la*

voz quebrada) Los chiquillos te habrán tirado con piedras otra vez. No hagas caso; lo hacen sin maldad. *(Nuevas y más ferozmente patéticas negativas de tío Eleazar. De pronto se inclina más hacia el fregadero y deja caer a sus pies un objeto metálico y pesado. Inexplicablemente, todos se estremecen. Mamá Smith camina lentamente hacia tío Eleazar y recoge el objeto. Lo toma entre las manos y camina hacia el centro de la escena. Reina un silencio de muerte que de pronto es roto por un tremendo y ahogado gemido que lanza mamá Smith. Con voz temblona, mostrando el objeto metálico)* Miren todos. Sean testigos todos: la llave Steelson de mi hijo Israel. *(Pausa)* ¡Y aún está manchada en sangre! *(Con voz profunda, bíblica, que parece nacer de las entrañas de la tierra)* ¡Tío Eleazar, siervo de Dios: si has cometido el horrible crimen que pienso, mi voz de madre te pide que te arrepientas dentro de tu corazón y que implores la piedad de Jesucristo que es el único que puede perdonarte. *(Solloza)* ¡Qué has hecho de Israel?

(Tío Eleazar cae de rodillas, como aniquilado por un rayo, y luego, las manos en actitud de oración, gimiendo e hipando con guturales chillidos, camina sin levantarse hasta mamá Smith y señala desesperadamente hacia la ventana. Arrastra a mamá Smith a la ventana, jalándola de las faldas, y vuelve a señalar. Todos se sienten como electrizados, víctimas de atroz pesadilla. Tío Eleazar, en el colmo de su desesperación, se inclina hacia adelante y golpea repetidamente el suelo con la cabeza.)

ESAU.—¡Perro!

(Nadie habla. Todas las miradas están fijas sobre el tío Eleazar que repite frenéticamente sus movimientos, como enloquecido. Celeste tiene los ojos muy abiertos, fascinada, como si se le estuviese revelando una gran y dolorosa verdad. Súbitamente lanza una especie de grito.)

CELESTE.—¡Es inocente! ¡Lo he visto! ¡Es inocente!
 ¡Me lo acaba de decir Dios! (*Camina lentamente hacia*
tío Eleazar, como una iluminada, con paso ritual y so-
lemne. En voz clara, queda y profunda) ¡Llévame a
 donde señalas, tío Eleazar. Te acompañaré!

(*Tío Eleazar hace movimiento que parecen indicar*
que da las gracias. Celeste lo toma del antebrazo y ca-
mina con él hacia la puerta. Esaú se acerca a Celeste.)

ESAU.—Permite que vaya contigo, mam'.

CELESTE.—(*Niega suavemente*) A un pobre mudo
 y a una mujer vieja, nada nos puede suceder. Esperen.

(*Salen con lentitud y cierran la puerta tras de ellos.*
Reina un profundo silencio. Mamá Smith tiende a Esaú
la llave Steelson que aún tiene entre las manos.)

MAMA SMITH.—¡Llévate esto y arrójaló donde nadie
 lo encuentre. En lo más negro de la noche. En otro pla-
 neta si es posible. ¡Señor misericordioso, ten piedad de
 todos nosotros y perdona mis juicios temerarios!

(*Esaú sale con la llave. Transcurren algunos instan-*
tes en silencio, hasta que se escucha, fuera de escena,
el acorde accidental de un arpa, que es arrastrada por
alguien. La puerta se abre y aparece Jhonnatan Lincoln
Fletcher, con el arpa al hombro. La presencia de
Jhonnatan Lincoln parece como si volviera a la reali-
dad a todos los presentes.)

JHONNATAN.—¡Hola, buenas noches! ¿Aun no vie-
 nen los demás?

REBECA.—Jhonnatan Lincoln Fletcher, llegas en mal
 momento.

(*Jhonnatan no acierta a responder, desconcertado.*)

JHONNATAN.—(*Suplicante*) Ha de ser. Lo miro en
 tu rostro y en el de mamá Smith. ¿Qué ha sucedido?

REBECA.—No lo sabemos, pero sin duda será una desgracia como no se ha visto en esta tierra.

MAMA SMITH.—(A Jhonnatan) Sólo queda sufrimiento en Amapola Village, querido Jhonnatan Lincoln Fletcher. Sufrimiento nada más. Tú sabes desde cuando.

JONNATAN.—(Melancólico) Bien sé desde cuando, mamá Smith, pero no quieras recordarme ahora a Marjorie Williams. Es como una herida que no quiere cerrar.

(Como al descuido y sin proponérselo, pulsa el arpa y arranca de sus cuerdas una breve y triste melodía. De

pronto entra Esaú con violencia.)

ESAU.—(Hacia Jhonnatan, apresurado) Buenas, Jhonnatan. (Hacia mamá Smith, bronco) ¿Alguien conoce al blanco Jimmy González?

REBECA.—(Alarmada) ¡Esaú! ¿Qué ha pasado?

ESAU.—(Se aproxima a Rebeca, retador) ¡Ah, tú! ¡Ella es quien lo conoce, mamá Smith, ¿lo has oído? (Nuevamente hacia Rebeca) ¡Tú conoces a ese mexicano! ¡Me sorprendió en los momentos en que tiraba la llave Steelson a la cuneta! Andaba rondando por los alrededores en forma misteriosa. ¡Algo ha de preparar junto con todos los demás blancos del demonio! (Agorero) ¡En el aire se respira que han soltado otra vez al Ku Kux Klan...!

(La puerta se abre de par en par violentamente y permanece un instante vacía. Un estremecimiento recorre a todos los presentes. Pero después de unos instantes aparece Celeste, seguida del viejo tío Eleazar. Celeste cierra la puerta, luego la ventana y enseguida va hacia el quinqué y lo apaga. La escena queda en penumbra. Transcurren algunos instantes en que nadie habla. Sólo es visible, aparte de las sombras de los cuerpos, la lumbrera que arde en el fogón.)

CELESTE.—(En voz muy baja) Rebeca, hija mía. ¿Dijiste que Israel estuvo en casa de Peggy Ryan?

REBECA.—Cerca de dos horas. Compuso la tubería.

CELESTE.—(*Quedamente*) Escuchen pues: allá abajo, junto a la carretera, frente a esta cabaña, está el cadáver de Peggy Ryan, desnudo y con la cabeza triturada a golpes.

(*Pausa larga, llena de estupor y de miedo.*)

MAMA SMITH.—(*En voz apenas audible*) "Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre..."

CELESTE.—Las medias de Peggy Ryan, Rebeca... (*Rebeca se quita las medias y se las tiende a Celeste. Esta se dirige al fogón y les prende fuego. En la misma voz baja, mientras quema las medias*) Ustedes saben lo que significa el cuerpo de una mujer blanca que aparece muerta a unos pasos de una cabaña de negros. Tendremos que huir. Nada de fiesta. Nada de despedida. Nada de Tampa ni de sus pardos y hermosos plantíos de tabaco. Nada de dicha...

MAMA SMITH.—Nos venció esta tierra enemiga...

CELESTE.—Tú, Esaú, vendrás con nosotras; tío Eleazar buscará a Israel, y Jhonnatan cuidará de prevenir que ningún hermano negro se aproxime a este sitio de desventura. ¡Vamos hijos míos! (*Mamá Smith hace rápidamente un bulto de pequeñas cosas y toma la biblia del lugar más próximo. Todos caminan hacia la puerta. Rebeca se coloca intencionalmente en el último lugar. Cuando ya han salido todos, inopinada y rápidamente cierra la puerta y la atranca. Celeste, del otro lado, golpea con angustia.*) VOZ CELESTE, (*Fuera de escena*) Rebeca, hija mía! ¡Abre, por Dios! ¡Ven con nosotras!

REBECA.—(*Con voz sorda*) Esperaré. Yo esperaré a quien espero. A mi invitado. Yo esperaré al amor.

Telón

Fin del Primer Acto

ACTO SEGUNDO

Interior de una celda en la cárcel del Condado de Amapola Village. Rejas al fondo y un pasadizo al otro lado de las rejas, que conduce a la Alcaldía. Las paredes de la celda estarán dispuestas en la forma conveniente para permitir un punto de vista original mediante el juego de ángulos y el claroscuro de los diferentes planos. La luz es gris y deprimente. No hay literas ni camas, sino una banqueta de cemento a lo largo de las paredes que sirve para que los presos duerman. Se encuentran dentro de la celda Jimmy González, en un primer término, hacia el proscenio, y al fondo, en último término, tío Eleazar y Jhonnatan Lincoln Fletcher. Este último tiene un viejo periódico en la mano. Al correrse el telón Jimmy ejecuta, en la armónica, una vieja canción mexicana. Jhonnatan parece escucharlo con sumo placer e interés, pero al cabo de algunos instantes, intenta sacudirse la impresión que le causa la música y gira la cabeza en dirección al punto donde se encuentra Jimmy.

JHONNATAN.—(En tono colérico) ¡Basta ya, mexicano, con un demonio! (Gruñe sordamente. En tono afectadamente desdeñoso) ¡Música...! ¡Bah...!

(Jimmy se retira la armónica de los labios, sonríe con indulgencia y dulzura, después sacude la armónica contra la palma de la mano y se la guarda.)

JIMMY.—(Sin volverse, en tono amistoso) Jhonny...

(Jhonnatan aprieta los labios.)

JHONNATAN.—(*Indignado*) ¡Nunca te atrevas a llamarme Jhonny! (*Despectivo*) ¡Jhonny...! (*Escupe*) ¡Justamente mi nombre es Jhonnatan Lincoln Fletcher, hijo de Segismundo y Penélope Fletcher! ¿Lo oyes bien?

(*Jimmy sonríe regocijadamente ante la infantil reacción de Jhonnatan.*)

JIMMY.—(*Se encoge de hombros*) ¡No hay que pelear por eso! Yo tampoco me llamo Jimmy, sino Jaime. Jaime González, hijo de Hipólito González y de Eleuteria Gudiño, de Rosita, Chihuahua. Pero bueno Jhonnatan. Jhonnatan Lincoln Fletcher, si te suena mejor. Lo que quería decirte es que puedes tocar en mi armónica cuando gustes. Ahorita mismo si te da la gana.

(*Jhonnatan no responde. Se encuentra ante la tentación más grande de su vida. Vacila por instantes y libra en su interior una lucha titánica.*)

JIMMY.—(*Como si lo empujara*) ¡Andale...!

(*Jhonnatan se estira, irguiéndose lentamente, como si empleara todas las fuerzas de su ser en vencerse a sí mismo.*)

JHONNATAN.—(*Después de un instante, y como si no encontrara las palabras adecuadas*) ¡Embustero! ¡Embaucador! ¡No quiero hablar con gentes de tu clase! ¡Quieres comprarme con tu maldita armónica! (*Estruja el periódico temblorosamente entre las manos y procura recobrar la calma. Mira a tío Eleazar y lo toma como su punto de apoyo. Aun la voz trémula*) ¡Vamos tío Eleazar! (*Pausa, tratando de encontrar las palabras*) Es lástima que Israel esté incomunicado en otra celda y tenga yo que resignarme a conversar con un mudo... si esto es posible... Porque con el mexicano, no vale la pena. (*Hacia Jimmy*) ¿Lo oyes, No vale la pena aunque tengas una bonita armónica. Bonita, sí, y de voces muy bellas —hay que reconocerlo—, pero

eso no le quita color a tu piel, a tu sucia piel de blanco no le quita un adarme de blancura. (*Jimmy se encoge de hombros regocijadamente. Jhonnatan lanza un hondo suspiro, que lo traiciona. Se vuelve hacia tío Eleazar*) ¿De qué hablaremos, tío Eleazar, si es preciso que se hable de algo. (*Pausa y luego se responde, en un diálogo consigo mismo*) ¡Y vaya si es preciso! ¡Yo diría que hasta indispensable, pues las palabras son como un alimento. El Verbo unió a los hombres entre sí y los hizo hermanos. Antes sólo existía un Verbo para todos los hombres, un solo idioma. Pero los hombres pecaron y vino entonces la confusión de las lenguas. Apareció el inglés, apareció el chino, que hablan los chinos en San Francisco y ¡qué sé yo!, así sobrevinieron las guerras y enseguida el desprecio de los negros. (*Mira a tío Eleazar compasivamente*) Bien visto, tío Eleazar, tú debes ser muy feliz, porque no puedes comunicar lo que piensas, ni si estás triste o estás alegre. ¡Rayos! ¿De qué hablaremos! ¿De qué tema dulce y bueno hablaremos, tío Eleazar? (*Se rasca la cabeza.*)

(*Jimmy, que ha oído con atención, se vuelve ligeramente, y habla añorativo pero lleno de intención con respecto a Jhonnatan. Este lo escucha absorto y maravillado.*)

JIMMY.—¡Háblale de las tardes de estío, a orillas del Mississippi! ¿Lo conoces, Jhonnatan? Es ancho, fuerte, valeroso y audaz como un príncipe antiguo... (*Jhonnatan hace esfuerzos por no poner atención. Plancha su viejo y mugroso periódico con las manos y mira hacia el techo, como si estuviera distraído; pero termina dejándose cautivar por las palabras de Jimmy*) ...Hacia el Sur, su brisa ya ha levantado todo el aroma de la tierra, y sus aguas murmuran un hondo adiós, antes de lanzarse al mar... Con el mismo adiós se despiden los amantes que no se volverán a ver, con el mismo adiós profundo y trémulo. Ellos no saben que aquellas son sus últimas palabras, así como tampoco las aguas del Mississippi saben que más adelante las espera la

inmensa tumba del mar... ¡Háblale del Mississippi, Jhonnatan!

(Jhonnatan no puede responder, súbyugado por las palabras de Jimmy; pero al fin hace un esfuerzo y se sacude el sortilegio.)

JHONNATAN.—*(Con infantil desdén)* ¡Bah, un río! ¡No hablaremos de ningún río, tío Eleazar!

JIMMY.—*(Amistoso)* Si no fueras un negro bruto y tuvieras el privilegio de conocer mi tierra, Jhonnatan Lincoln, le hablarías de ella. Es cálida y fría, solemne y amorosa, grave y llena de silencios, sufrida y tenaz. Su superficie no está encima de las cosas, como en otros lugares, sino por dentro, como en el amor de los que se aman más allá de la muerte... Y si la miras, Jhonnatan, tu corazón se llena de lágrimas y de luz. Y escucha una cosa, viejo: con sólo que tu negra planta se posara en su entrañable tierra, serías libre de un golpe, pues bajo el cielo de México los negros y los blancos son hermanos...

(Jhonnatan permanece pensativo, sumido en hondas meditaciones, y enseguida habla, dirigiéndose a sí mismo.)

JHONNATAN.—*(En voz queda)* ¡Rayos! ¡No puede ser! Sería demasiado... demasiado hermoso. *(Hacia Jimmy, en voz más alta pero en un tono doloroso y amargo)* ¡Haces mal en mentir de esa manera, mexicano! ¡Qué obtienes con sembrar vanas esperanzas en el corazón de las pobres gentes...? *(Pausa y replicándose a sí mismo)* ¡No hay en todo el mundo una tierra donde los negros sean libres y felices! ¡No! ¡Esa es una aborrecible mentira! *(De pronto advierte que, sin quererlo, ha estado dando conversación a Jimmy. Se arrepiente y vuelve a adoptar la posición de ignorar en absoluto la existencia de Jimmy. Se dirige a tío Eleazar)* Veo, tío Eleazar, que es bien difícil conversar con un mudo, pero se me ocurre algo, si no te disgusta. Para

que en verdad conversemos, yo puedo hablar a nombre de los dos, ¿entiendes? Es decir, una vez como Eleazar Smith, y otra vez como Jhonnatan Lincoln Fletcher, según el caso. ¿Te agrada? ¡Bien, entonces comencemos! Ahora tú eres el que habla. (*Cambia la voz a otro tono*) "Dime, Jhonnatan Lincoln Fletcher: Sin duda hubo un tiempo en que fuiste feliz y la soledad no mordía tus negros huesos". (*Pausa. Recobra su propio tono*) ¡A qué hablar de eso, tío Eleazar! El hombre siempre termina por quedarse solo, solitario y desnudo sobre la tierra abandonada. Nadie tiene casa bajo el cielo y el odio ha hecho inhabitable hasta el propio corazón. (*Pausa. Cambia de tono*) "Te sorprendo, Jhónnatan, como si yo mismo fuese el que hablara. (*Pausa*) Quieres, si no te cuesta mucho, decirme algo... (*Se le quiebra la voz*)... algo de aquella chica que era como un cálido sol negro o como una abrasadora noche de primavera, aquella adolescente, compacta y saludable como un árbol joven, Marjorie Williams, la hija del Pastor? ¿Quieres decirme algo de ella, Jhonnatan Lincoln Fletcher?" (*Pausa. Recobra su propia voz*) ¡Habría la vida entera a pesar de que cada palabra con que la recuerdo es un pedazo de la propia carne que me arranco con las manos... No era de este mundo. No había nacido para estar acá abajo, entre los hombres. Vino sólo para medirlos y para descubrir, con su espantosa muerte, la vil impureza de que están hechos, la increíble maldad de que están formados. (*Pausa*) Debes saberlo, tío Eleazar: más de veinte blancos poseyeron su cuerpo, hasta dejarla agonizante. (*Pausa*) Por aquellos días nos íbamos a casar. (*Tristísimo*) Así fué... (*Cambia de voz*) "Nunca antes habías hablado así, Jhonnatan Lincoln Fletcher. Eso quiere decir que estás próximo a tu muerte". (*Pausa. Luego con su propia voz*) Basta ya, querido tío Eleazar, terminarás por fatigarte... (*Se lleva el periódico a los ojos y lo pone delante de él, para ocultar sus lágrimas. Pausa larga. Baja el periódico lentamente y lo apoya en sus rodillas. Trata de dominar la emoción que lo embarga. Mira el periódico*) "Te gustará más oír lo que dice la prensa... (*Desarru-*

ga el periódico, saca un par de viejos anteojos, se los cala y mira para leer. A través de lo que lee y dice, se advierte el esfuerzo que hace para alejar sus pensamientos. En otro tono, ya casi normal) Son puras mentiras, pero divierten. (Sentencioso) La verdad es lo único que no divierte a nadie. (Lee y mueve la cabeza) "En Pittsburgh arde una fábrica". (Con un ademán) ¡Pendejos! Ellos se lo buscan. Nadie debe construir fábricas, pues todas terminan por arder, de una u otra manera. En Carmelita, California, yo vi incendiarse una fábrica de sweters. Las chicas salían como ratas y se arrojaban en los brazos de los bomberos. Algunas aprovecharon la oportunidad para besarlos en la boca. (Ríe cavernosamente) ¡Así son las mujeres! (Mira a Eleazar. Este ha entrecerrado los ojos, como si estuviera dormido) ¿Escuchas, tío Eleazar? (Eleazar asiente, pero Jhonnatan se considera ofendido) Entonces no cierras los ojos como si fueras un lagarto viejo, porque creeré que estás dormido. (Reconviniéndolo, con aire de dignidad ofendida) Todo mundo tiene derecho a sentir que su trabajo es útil, y si yo no soy culpable de que tú seas un ignorante y no sepas leer, cuando menos quiero estar consciente de que me oyes. (Dobla el periódico y se vuelve, dándole las espaldas a Eleazar. Este asiente apresuradamente y con gruñidos, dirigiéndole una mirada suplicante. Lo jala del pantalón para animarle a que prosiga. Después de unos momentos, Jhonnatan parece sentirse desagraviado y abre nuevamente el periódico) ¡Se hará lo que gustes pues! (Lee) "El Presidente sale de pesca a las costas de Florida". (Se encoge de hombros) ¡Bah, que le aproveche! (Transición, y con interés súbito) Pero aquí viene lo mejor. Escucha, tío Eleazar: "El Comité de Damas Cristianas de Amapola Village protesta por el ultraje y asesinato de la señora Peggy Ryan". ¿Oíste bien? (Hace una reverencia grotesca) ¡La señora Peggy Ryan! (Transición. Colérico) ¡Buitres! ¡Perros! ¿Qué dijeron cuando la muerte de Marjorie Williams? ¡Ni siquiera apareció su nombre en la lista de las defunciones!... ¡Pero bien sabe Dios que ese nombre está escrito en la Guía de los

Santos! (*Aprieta los labios*) Pero mejor es callar. (*Pausa. Vuelve a mirar el periódico y lanza una exclamación*) ¡Vamos! Todo mundo lo ignoraba en Amapola Village, sólo estos escribanos se lo saben muy bien: Peggy Ryan fué hija de un héroe de la guerra. ¡Gente importante! ¡Canastos!

(*Tío Eleazar hipa a modo de risa. Jimmy se vuelve hacia Jhonnatan.*)

JIMMY.—(*Apenas irónico*) ¡Perdóname por dirigirte la palabra, Jhonnatan! ¿Dice por ahí algo de si seremos turnados a la Corte?

(*Jhonnatan no responde y tiene el propósito de no hacer caso a la súplica de Jimmy, pero poco a poco se deja vencer por la tentación, y después de mirar el periódico de reojo, termina por tomarlo francamente entre las manos y leer con avidez. Termina con un aire admirado.*)

JHONNATAN.—(*Procurando dominarse*) ¡Así me traquen los infiernos! ¿Cómo lo supiste? ¿Acaso estás en relación con los espíritus?

JIMMY.—(*Sonríe levemente*) Yo no dije que supiera nada. Ahora, por favor, Jhonnatan, mira lo que pide el fiscal en nuestra contra.

(*Jhonnatan lee ávidamente, pero de pronto se detiene, como tocado por un rayo. Le parece increíble lo que ha leído. Tiene un asombro infinito. Se golpea el pecho ruda y pausadamente, como en un acto de contrición*)

JHONNATAN.—¡Dios sabe qué enorme injusticia es! ¡Dios sabe que nuestra inocencia es más grande que la tierra. (*Se hace un hondo silencio. Tío Eleazar lanza un gemido concentrado y sordo. De pronto Jhonnatan parece asaltado por una idea y camina lentamente hacia Jimmy, enfrentándosele. Con fría lentitud*) A ti te dan quince años... y a nosotros la muerte. Tú eres de los

de ellos, blanco mexicano, por eso te distinguen. Y aunque te dieran *la silla*, asimismo nos llevarías la delantera, pues un blanco muere al primer golpe de *switch*, y un negro necesita hasta tres y cuatro descargas del más alto voltaje... (*Con honda amargura*) Hasta la muerte es más bondadosa para ustedes. (*Hacia tío Eleazar*) Escucha bien lo que digo, tío Eleazar, y grábatelo en la mente: el mundo todo de la tierra descansa sobre los lomos negros de nosotros. (*Eleva la vista al cielo*) ¡Escúchalo también tú, Dios! (*Hacia Jimmy*) Ahora bien, mexicano, a ti no te harán nada. ¡Tú estás aquí para perdersnos! Eso es lo que pasa!

(*Jimmy se incorpora y se aproxima muy cerca de Jhonnatan.*)

JIMMY.—¡Imbécil! ¿Ni aún todo el dolor que padecemos te hace abrir los ojos? ¿Qué palabras quieres para entenderme? ¿Dónde carajos tienes la cabeza? (*Pausa*) Te ofrecí mi armónica para que tocaras, ¿no? Ibas a poner los labios donde yo los pongo y donde después los volvería a poner. ¿Acaso eso no te demuestra que somos iguales? ¿No hubiera sido como si nos besáramos? ¡Responde! (*Jhonnatan retrocede levemente, impresionado por las palabras de Jimmy. Este muda de tono y adopta el aire persuasivo y casi pedagógico que es habitual en él*) Tienes ojos y no quieres ver, negro tonto. Dijiste que conoces California ¿no? Mucho sol, una temperatura siempre suave y el cielo como un espejo azul, ¿eh? Campos de trigo y praderas que tienen líneas ondulantes como la grupa de una yegua joven. ¿Trabajaste alguna vez en la recolecta de manzanas? ¡Pues te has perdido la gran cosa! ¡Ahí te emborrachas sin que te cueste nada, tan sólo con el aroma! ¡Y aún así, ebrio, nadie te dice nada si comes cuantas manzanas quieras! ¿No es el paraíso? (*Pausa*) Bien, Jhonnatan Lincoln Fletcher. No todas las manzanas son iguales: las hay rojas como el corazón de un toro, las hay pálidas y transparentes como una joven enferma de amor, las hay pequeñas y las hay grandes. Pero fija-

te en una cosa: todas son manzanas. ¿Ahora te das cuenta, o todavía no, Jhonnatan Lincoln?

JHONNATAN.—(*Sin dejarse convencer*) Hablas muy bonito y en eso debe haber algo malo también. Se me alcanza que todas tus palabras se encaminan a seducirnos para aceptar el plan que propusiste para salir de aquí. No soy tonto, Jimmy González. Tu plan es muy parecido a una trampa para coger pájaros.

(*Jimmy, al oír la palabra "plan", indica silencio, luego habla quedamente, pero con vehemencia, casi con desesperación.*)

JIMMY.—¡Jhonnatan! ¡Tío Eleazar! ¡Créanme, por la Virgen Santísima! Les juro que hablé con Rebeca en la misma cabaña de los Smith, poco después que todos se fueron. Ella me esperó, con riesgo de su vida, porque me ama; y yo fui en su busca porque también la amo. ¡Esta sola verdad debería ser suficiente para convencerlos! Convenimos Rebeca y yo, que ella y los demás, Esaú, mamá Smith y Celeste, aguardarán en el oleoducto, en tanto escapamos de aquí...

JHONNATAN.—(*Con una inclinación a Eleazar*) Tío Eleazar es viejo y por ello más sabio que nosotros. (*Hacia tío Eleazar*) ¡Tío Eleazar: ¿puedes creer en sus palabras?

(*Tío Eleazar niega rotundamente con la cabeza. Jimmy, sin otro recurso, se dirige hacia donde Jhonnatan dejó abandonado el periódico y lo recoge. Regresa hasta donde está Jhonnatan y le muestra el periódico señalando con el índice.*)

JIMMY.—(*Excitado, pero en voz baja*) Mira esta fecha, Jhonnatan Lincoln Fletcher. Es periódico de hace tres días. Esto quiere decir que pasado mañana abrirán la compuerta del oleoducto y comenzarán a bombear petróleo. Tenemos menos de dos días para obrar. Después será demasiado tarde.

JHONNATAN.—Escucha, Jimmy González: lo mejor

es someterse al destino. Estamos en manos de la Corte. Ella nos absolverá en justicia porque somos inocentes... o nos condenará. Pero si hace esto último, ten por seguro que ella misma se condenará ante Dios.

JIMMY.—(*Impaciente*) La Corte no piensa en Dios, Jhonnatan. A cosas como la Corte les está prohibido pensar verdaderamente en Dios, aunque siempre lo invoquen antes de leer la sentencia condenatoria de un inocente. Ellos tienen en las manos todo cuanto es preciso para perdernos. Basta que sean ustedes negros y yo mexicano, para que todo lo demás se les haga fácil, la silla eléctrica o Sing Sing. O lo que es peor: el *Linch*. L-y-n-ch. ¿Sencillo, eh? Apenas una palabra de cuatro letras... ¡Creeme, Jhonnatan, estamos perdidos. No nos queda más remedio que escapar. Lo primero es salir de aquí y yo les aseguro que a través del oleoducto en pocas horas estaremos en el lado mexicano...

(*Jhonnatan se muestra muy abatido. Ha escuchado las palabras de Jimmy con la cabeza inclinada sobre el pecho y lanzando suspiros. Da unos cuantos pasos y luego se detiene. Después levanta la cabeza poco a poco y comienza a implorar al cielo.*)

JHONNATAN.—¡A ti imploro, Jesucristo negro! ¡Y no te ofendas, señor, si te llamo negro, pues debe haber de por fuerza un Jesucristo de los negros que nos ampare y alumbre en mitad de la noche. (*Pausa*) ¿Por qué has hecho que sea blanco Jimmy González? ¿Por qué has cometido una barbaridad semejante, Señor Dios mío? ¡No te pido la salvación de mi vida, no! Si debo perderla, bien está. ¡Sólo te pido, señor Jesucristo, no me permitas ser tan injusto con Jimmy González como han sido injustos los hombres conmigo! Porque escucha, Dios: ¡no creo en las palabras de Jimmy! ¡Si dice la verdad hazme tener fe en él! ¡Haz que crea en la palabra de un blanco tan sólo una vez en mi existencia, y entonces así me habrás salvado, Dios Eterno!

(*Guarda silencio humildemente como en espera de*

una revelación. Todos permanecen inmóviles. De pronto se escuchan unos pasos, que gradualmente se hacen más claros, y aparece, en el pasadizo, del otro lado de la reja, la insolente y gigantesca figura de un Ranger (Policía Montada de Texas), que después de mirar al interior de la celda localiza la figura de tío Eleazar.)

RANGER.—(Con brutal acento texano) ¡Ey, you! ¡You! ¡Greasy! ¡You, the negro dumb! (Tío Eleazar se incorpora tímidamente y se aproxima a la reja. El Ranger le dirige una mirada despreciativa y luego se inclina para abrir la cerradura. Tío Eleazar, involuntariamente, se queda mirando al Ranger con unos ojos fijos, dolientes y acusadores. El Ranger siente sobre sí tal mirada y se incomoda. Furioso) ¿For waht do you see to mi that, eh? (Le escupe en el rostro) The chief wont to speak with you!! ¡Be querfool, dumb!

(Abre la reja y da un tirón del brazo de tío Eleazar llevándoselo consigo. Jimmy y Jhonnatan permanecen en silencio. Jimmy se rasca la cabeza, preocupado.)

JIMMY.—¿Has notado què el viejo parece gustarles mucho?

(Jhonnatan no alcanza a comprender el alcance de las palabras de Jimmy y quiere restarles cualquier consecuencia ulterior.)

JHONNATAN.—(Se encoge de hombros) Poco podrán sacar de él, Si, no. (Mueve la cabeza afirmativa y negativamente) Hacia arriba y hacia abajo, y a izquierda y derecha. Si, no. Eso es todo.

(Jimmy camina unos pasos, como si en su interior estuviese buscando conjeturas.)

JIMMY.—(Preocupado) Sin embargo me da mala espina. (Asaltado por una idea) ¿Te acuerdas bien de las

palabras del ranger?: *The chief wont to speak with you. ¡Speak with you!* El jefe quiere hablar contigo. *¡Hablar!*

(*Jhonnatan mira a Jimmy de hito en hito, con alarma y luego con indignación.*)

JHONNATAN.—Tú quieres insinuar una sospecha monstruosa, Jimmy. No sé cómo tu mente puede concebirlo. Pretendes hacerme creer que tío Eleazar no es mudo y que nos ha engañado a todos, a todos y durante toda la vida. ¡Jimmy, sólo el demonio puede hacerte pensar eso!

(*Jimmy se impacienta. Dirige una mirada colérica a Jhonnatan.*)

JIMMY.—¡Cállate! (*Obsesivo y como fijando sus ideas. Lento*) *¡Speak with you!* Hablar contigo. Hablar contigo. (*Pausa*) Jhonnatan: ¿has estado preso alguna otra vez?

(*Jhonnatan no responde. Ignora qué nueva acechanza se esconde tras la pregunta de Jimmy; sin embargo, finalmente no resiste.*)

JHONNATAN.—(*Reticente*) No veo por qué deba contestarte. (*Lo examina con el rabo del ojo y hace una pausa*) Pero, en fin, te diré que una ocasión me arrestaron en Tennessee. Sólo una vez, cierto. Quince días a la sombra.

JIMMY.—(*Con profundo interés*) ¿Probaste el "tercer grado"? (*Pausa*) ¿No? (*Con ademanes expresivos*) Una silla a la cual estás atado, y enseguida, sobre tu rostro, un reflector tan potente como el rayo. Los ojos te arden. Quisieras cerrarlos pero el miedo te hace abrirlos. No ves nada; estás como frente al sol, y de pronto los golpes te llueven de todas partes, en el estómago, en el pecho, en las costillas, en la mandíbula. Atrás de la luz están ellos... sólo escuchas sus voces y sus insultos, y estás ciego, ciego como con lumbre dentro de

las pupilas... (*Camina hacia la reja y pega su rostro a los barrotes, tratando de abarcar con su mirada un mayor ángulo visual hacia el interior del pasadizo*) ...desde aquí se podrá ver la luz de un reflector... Se escapará una poca... ¡Acércate! (*Jhonnatan se aproxima cautelosamente y también hunde su rostro entre los barrotes. Del pasillo, de pronto, sale una cuchilla hiriente de claridad fría, que lame el suelo. Agitado, en voz queda y temerosa*) ¡Ya está! ¡No me equivocaba! ¡Misera- bles! (*Hay una pausa larga y ansiosa en que Jimmy parece querer incrustarse en la reja. Mira hacia Jhonnatan con enorme inquietud*) ¿Escuchas algo? (*Rabioso*) ¡Mis malditos oídos! ¡Nunca los tuve bien! (*Pausa, y luego hacia Jhonnatan, suplicante, como quien demanda un inmenso favor*) ¡Reúne todas tus fuerzas, toda tu vo- luntad, todos tus mejores deseos, y escucha! ¡Tú eres músico, Jhonnatan! ¡Tú tienes fino el oído! ¡Tú sí pue- des hacerlo bien! ¡Vamos Jhonnatan Lincoln Fletcher! (*Hay una pausa larga y anhelante. Jhonnatan y Jimmy parecen contener su respiración, como si concentraran to- das sus fuerzas de su espíritu en la sola tarea de es- cuchar*) ¿Sí? ¿Oyes? (*Suplicante como un niño*) Dime, Jhonnatan. Tú puedes oírlo todo. Dime algo. ¿Oyes? (*Jhonnatan hace un ademán de silencio. Transcurre el tiempo.*)

JHONNATAN.—(*En voz apenas audible*) ...Ape- nas... un quejido como de animal, como sollozan los perros viejos cuando les dan de palos... Ahora crece. Tú mismo podrías oírlo. (*Al escuchar las palabras de Jhonnatan, Jimmy se desprende de las rejas, con la ca- beza baja, apesadumbrado. Jhonnatan continúa escuchan- do. Sin poderse contener. ¡Lo golpean! ¡Lo están gol- peando! (Jimmy, desde el lugar donde se encuentra y sin volverse, asiente tristemente con un movimiento de cabeza. Admirado)* ...Pero es valiente, el pobre tío Eleazar... no ha dicho una sola palabra. (*Jimmy vuel- ve a asentir en la misma forma anterior.*)

JIMMY.—Ni la dirá mientras viva. ¡Todos sabemos muy bien que tío Eleazar es mudo!

(*Jhonnatan no comprende cuáles han sido los propósitos de Jimmy. Se desprende de la reja a tiempo que la luz del reflector se apaga y desaparece del pasillo. Después de unos instantes reaparece el Ranger, que lleva a tío Eleazar arrastrando como un guiñapo, el rostro ensangrentado. Abre el Ranger la puerta y arroja el cuerpo de Eleazar al interior, como si se tratara de un fardo. Lo mueve con los pies para poder cerrar nuevamente.*)

RANGER.—(Como con asco) ¡Dumb! A son a ba-beach dumb!

(*Desaparece el Ranger. Jhonnatan y Jimmy se apresuran a atender a Eleazar. Jimmy se inclina sobre el pecho del viejo y luego se vuelve hacia Jhonnatan.*)

JIMMY.—Aun vive. (*Entre ambos toman a tío Eleazar de los brazos y los pies y lo recuestan cuidadosamente sobre la banqueta de cemento. Jimmy saca de su bolsillo un gran paliacate y se ocupa de limpiar el rostro ensangrentado del viejo. Tío Eleazar respira afanosamente. Terminada la operación, Jhonnatan y Jimmy permanecen junto a tío Eleazar durante algunos momentos hasta que Jimmy se pone en pie y conduce consigo a Jhonnatan, hacia el otro extremo*) Oyeme, Jhonnatan Lincoln, y dime la verdad. Pero no exajerés. Sólo la verdad: ¿cuántos golpes has recibido desde que estamos en esta cárcel...? ¡Exactamente?!

JHONNATAN.—(Como si recordara) Un puñetazo tan sólo, aquí, en la boca del estómago, durante mi primer interrogatorio, y eso porque me atreví a decir que soy ciudadano de Norteamérica.

JIMMY.—(*Reflexiona*) Sólo hay una razón para que golpeen como lo han hecho, a un hombre mudo. Y esa razón es el miedo a que no lo sea y diga cosas peligrosas. ¡Ellos temen que Eleazar hable! Eso quiere decir que tío Eleazar sabe mucho! ¡Que quizá lo vió todo, aquella noche en que el cadáver de Peggy Ryan apareció en la carretera! ¡Justo! ¡Tío Eleazar sabe la ver-

dad y quienes son los criminales verdaderos! (*En el curso de las palabras de Jimmy tío Eleazar se ha ido incorporando lentamente, de tal modo que, cuando Jimmy termina, Eleazar está de pie y camina hacia aquél directa y resueltamente. Llega hasta donde está Jimmy, toma su cabeza entre las manos y le da un beso en la frente. Después de ello, regresa a su sitio y se vuelve a costar. Jimmy queda inmóvil, como hechizado, como sin dar crédito a sus ojos. Profundamente conmovido*) ¡Lo has visto? ¡Has visto lo que ha hecho? (*Incrédulo aún. Maravillado*) Me ha reconocido como a uno de sus iguales. (*Jubiloso, pero tranquilo, sin extravertirse*) ¡Ahora tú también creerás en mí, Jhonnatan Lincoln Fletcher!

(*Fuera de escena se escucha un sordo rumor de multitud, que crece como una tempestad, y voces iracundas que gritan sangrientamente: ¡Lynch, lynch, lynch! ¡We wont the negroes and the mexican to! ¡Give us the negroes!*)

JHONNATAN.—(*Extiende lenta, suave y casi amorosamente la mano hacia Jimmy*) ¡Préstame tu armónica, mexicano! Mi canción será más fuerte que sus voces, porque es una canción de amor.

(*Pone los labios en la armónica y ejecuta una canción. Las voces de la multitud crecen, pero sobre ellas se eleva la música de Jhonnatan, intrépida, valiente, esperanzada, llena de vehemencia y de fe.*)

Telón lento

Fin del Acto Segundo

ACTO TERCERO

Interior de un túnel u oleoducto que aún no se encuentra en uso, en el campo petrolero de Amapola Village. Un corte transversal permite al público ver el interior del túnel, cuyos brazos se alejan hacia el fondo, perdiéndose, al dar vuelta, a los dos extremos del escenario. El vértice que forma el codo del túnel da directamente sobre el centro del escenario. Al abrirse el telón, la escena está vacía. Al lado izquierdo, sobre la pared del túnel se advierte visiblemente bien pintada de blanco, una franja vertical encima de la cual se ve el número 27 debajo de la letra K, que indican el kilómetro veintisiete del túnel. Después de unos segundos de abierto el telón comienzan a escucharse las voces para que, a su tiempo, aparezcan los personajes a quienes pertenecen. Las voces se escuchan muy claras y sonoras, debido a la acústica particular del túnel, que las prolonga más allá de su alcance natural, pero en cuanto los personajes entran a escena instantáneamente recobran su tono. La escena transcurre en penumbras.

Se escucha primeramente la risa fresca, primaveral y cálida de Rebeca.

VOZ CELESTE.—(Baja y cautelosa) Te escucharán a mil kilómetros. No rías.

VOZ MAMA SMITH.—Aparte de nosotros, sólo la escucharán las hormigas, si tienen con qué. ¡Ríe, muchacha, es lo único que nos queda: oír tu risa!

VOZ REBECA.—A saber por qué me reí. Quizá por lo irónico que resulta el que, después de haberlo rechazado con tanta energía, sean ustedes mismos, Esaú, mamá Smith y Mam', quienes me lleven, de la mano como quien dice, a los brazos del propio Jimmy.

VOZ MAMA SMITH.—No me gusta tu manera de interpretar las cosas. Rebeca. A mi modo de ver, Jimmy González se limita a cumplir lo indispensable para granjearse nuestra voluntad como futuro yerno de Celeste e Israel, como futuro cuñado de Esaú y como mi futuro nieto político. Eso es todo.

VOZ ESAU.—No dirás, mamá Smith, que a mí fué fácil convencerme. Y si quieren saber la verdad, les diré que aún no confío del todo.

VOZ CELESTE.—Basta, hijo. La desconfianza nunca camina sola. Lleva siempre de la mano otras calamidades. Jimmy procede con la verdad y si podemos estar aquí, ha sido gracias a sus honradas indicaciones.

VOZ REBECA.—¡Mam', por favor! ¡Me lastima que discutan sobre la rectitud de Jimmy González! (*Pausa. Transición*) ¡Vamos, Esaú! Cantemos "Mi muchacha espera en Alabama y yo estoy en Kentucky". Eso nos divertirá. ¡Ea!

VOZ CELESTE.—(*Cautelosa*) Pienso si no será peligroso. Podríamos encontrar gente.

VOZ ESAU.—(*Ríe con negra risa sonora, de bajo profundo*) ¡Gente! (*Ríe otra vez*) ¡Me equivoco Mam', o habrás querido decir que nosotros no somos gente? ¡Pobre Reverendo Williams, si te oyera! ¡El, que vivía predicando el amor hacia nuestros semejantes! ¡Al prójimo como a uno mismo! (*Ríe*).

VOZ MAMA SMITH.—No se hable más del Reverendo Willims, Esaú. Faltas a su memoria y blasfemas. (*Hace un prolongado silencio. La voz de Esaú emite, con los labios cerrados, la melodía de "Mi muchacha espera en Alabama y yo estoy en Kentucky" (*)*). Después de unos instantes lo interrumpe la voz de mamá Smith) Soportemos la vida. Así está escrito. Dios somete a sus hijos a las más rudas pruebas para saber a quienes premia y a quiene no.

VOZ ESAU.—(*En un exabrupto*) ¡Diablo, mamá Smith! ¡No sentiste mi armónica entre tus pies? ¡Se me ha caído! (*Pausa prolongada*) ¡Maldita oscuridad! Es-

(*) Un espiritual negro ad. lib. del director.

peren. ¡Ey, esperen! (*Irónico*) Ahora yo soy el hombre de la casa, tengo derecho a que esperen. (*Largo silencio lleno de ansiedad. Luego la voz de Esaú. Suelta una carcajada*) ¡La traía en mi propia bolsa! Algún duende quiso hacer de las tuyas con una jugarreta.

(*Enseguida se escucha la música del organillo que canta "Mi muchacha espera en Alamaba..."*)

VOZ CELESTE.—(*Queda, suplicante*) Gracias, Dios mío, por haber evitado que Esaú perdiera su armónica. (*Pausa*) Pero no tan alto, Esaú.

(*Después de unos momentos Esaú termina de tocar.*)

VOZ ESAU.—(*Plena, jovial*) ¡Ah, vida hermosa! ¡Lo tengo todo! Mi armónica... (*Se interrumpe extrañadamente*)..., el reloj de tío Eleazar, una hermana, una madre, una abuela. ¡Sólo me faltan Shirley y un vaso de cerveza!

VOZ MAMA SMITH.—A todo mundo le falta algo en la vida. A todo el mundo. A nosotros nos falta Israel, en estos duros instantes. Se te olvidó, Esaú.

VOZ REBECA.—(*Irrumpe de pronto, ansiosa*) ¡Mam', creo que hemos llegado!

VOZ CELESTE.—¡Alumbra, Esaú! ¡Aquí es!

(*Ruido de cerillos al frotarse contra la caja. Silencio. Enseguida una exclamación de desencanto.*)

VOZ ESAU.—(*Semiburlona*) ¡Veinteséis! Se lee aquí claramente veinteséis ¿no? Jimmy te dijo kilómetro veintisiete, Rebeca. El idioma sirve para expresar algo. ¿O es que se han cansado ya?

(*Nueva pausa prolongada. Ruido de pasos.*)

VOZ MAMA SMITH.—¿Quieres mirar el reloj, Esaú?

VOZ ESAU.—No es preciso que lo esté mirando en todo momento. Ya lo mostré a todos una vez, cuando en-

tramos. Pasas por alto, mamá Smith, que es un reloj de oro y que en su máquina tiene quince rubíes.

VOZ MAMA SMITH.—¡Oh la misma terquedad que el viejo Eleazar... con su mugroso reloj...!

(Larga pausa. Los pasos se escuchan rítmicamente a tiempo que las respiraciones jadeantes.)

VOZ ESAU.—*(Jovial)* Para casos tan aburridos como éste nos servirían aquellos versos tontos con que de niño me arrullaba el bueno del Pastor Willims...

VOZ MAMA SMITH.—¡Vuelta con el Reverendo Williams...!

VOZ ESAU.—Versos para niños o para quienes tienen niño el corazón: aproximan el sueño, reducen el tiempo, acortan la distancia y hacen que el pequeño kilómetro que nos falta se convierta en nada. ¡Escuchen! *(Con voz intencionadamente monótona. Canta):*

“Bartolo tenía una flauta,
con un agujero sólo
y siempre daba la lata,
con la flauta de...
...Bartolo tenía una flauta
con un agujero sólo
y siempre daba la lata
con la flauta de...
Bartolo tenía... etc....

(La voz de Esaú parece como si fuera a seguir recitando indefinidamente, pero a medida que lo hace se va apagando, como si se alejara, hasta extinguirse por completo. La escena permanece vacía por unos instantes, hasta que aparece el grupo formado por la familia Smith, o sean Celeste, Esaú, Rebeca y mamá Smith. El aspecto de todos es deplorable; las mejillas hundidas, los cuerpos enflaquecidos, la ropa desgarrada y sucia. Todos caminan encorvados a causa de que el diámetro del túnel es considerablemente inferior a la estatura humana. El grupo camina hacia la izquierda, como si fuera a sa-

lir de escena; cuando ya está a punto de desaparecer en el recodo, mamá Smith, que va en último lugar, se detiene frente al número 27.)

MAMA SMITH.—(Casi alegre) ¡Quietos, hijos míos! ¡Ni un paso más!

(Todos se detienen.)

ESAU.—(Desde su sitio) ¡Por fin la tierra de Canaán?

(Todos se agrupan frente al número 27, admirados, maravillados, con el asombro infantil y espontáneo tan peculiar a los negros, sin dar crédito a sus ojos.)

MAMA SMITH.—(Sentándose) Sí, el Canaán de los negros.

(Se sientan todos en torno de mamá Smith, fatigados, abatidos. Se mueven con lentitud y unción, un poco entre la danza y la liturgia, elásticos y finos.)

CELESTE.—(A Rebeca) Rebeca: no habrás olvidado la canción.

REBECA.—La repetí ochocientas veces desde que Jimmy me la enseñó. "Canto de una muchacha negra", se llama. La compuso un poeta negro también.

ESAU.—(Con voz grave. Canta)

"Le pregunto al blanco señor Jesús
de qué sirve la oración..."

CELESTE.—Bien. No es que quiera oírla. Sólo asegurarme que la sabrás reconocer, llegado el momento. Otra gente también podría entrar al túnel cantando. Los propios blancos. Sucede. Ahora la gente no sabe otra cosa que cantar. Será por tanto dolor que anda en el mundo.

ESAU.—¿Tienes miedo, Mam'?

(Celeste no responde.)

MAMA SMITH.—No hay que tener miedo. Si alguien

tiene miedo, no vendrán. Si ninguno tiene, vendrán. Esto es cosa cierta relacionada con la esperanza y la fe, y con la virtud de si uno sabe vivir y morir o no lo sabe. Miren por qué: cuando yo estuve de parto, se acercó a mi cama el Pastor Willims y me dijo: "Señora Smith, si tiene usted miedo es que no lleva fe ni esperanza dentro del corazón. Ser valiente, señora Smith, es creer en Dios y en la vida". "No tengo ni pizca de miedo", repuse. Entonces el hijo me salió del cuerpo muy felizmente. Me volví hacia papá Smith y le dije: papá Smith, este negrito llevará el santo nombre de Israel, para que como el de la Biblia, propague nuestra negra semilla y funde las doce tribus de los Smiths. Se sonrieron nada más los ojos del Pastor Williams. Era tan joven entonces que sólo le llamábamos Williams a secas.

ESAU.—(*Suave, delicadamente recriminatorio*) Mamá Smith, tú no dejas que yo nombre al Reverendo Williams...

MAMA SMITH.—Porque eso me recuerda los tiempos felices. Y cuando se está en desgracia sólo conviene pensar en los infortunios del pasado. Dá mucha fuerza.

REBECA.—No creo que haya habido nunca tiempos felices.

CELESTE.—(*Timidamente*) Creo que sí los hubo.

ESAU.—Por Pascuas, cuando enamoré a Shirley.

REBECA.—A esos no se les puede llamar "tiempos felices". Apenas "minutos". Yo también tuve esos minutos con Jimmy. No solamente de canciones nos ocupábamos. Ahora pueden saberlo.

CELESTE.—(*Aprensiva*) ¿Qué quieres decir? No tengas miedo de responder. Se puede decir la verdad. Aquí se puede decir la verdad, Rebeca. No te pegaré.

ESAU.—(*Burlón*) No te apures, Mam'. Parece que Jimmy González no se aventura más allá de los apretones de manos.

REBECA.—(*Ofendida, orgullosa*) Pues me besó en la boca y me estrujó los senos y al bailar se pegaba mucho

a mi cuerpo, una vez que paseamos juntos. Hoy se me ocurre que fué malo no dejarlo llegar a más.

MAMA SMITH.—(*Filosófica, tranquila*) Tal vez se convertirá en bueno si alcanzamos salvación, de este mal trance. Entonces te le entregas y Dios quiera que sean muchos tus hijos.

CELESTE.—(*A Esaú*) No te enfades, Esaú: pero es preciso que mires qué hora marca el reloj de tío Eleazar.

ESAU.—(*Definitivo*) Ya no pertenece a tío Eleazar, Mam'. El mismo me lo regaló cuando abandonamos para siempre nuestra cabaña. No vuelvas a llamarle, por favor, "el reloj de tío Eleazar". (*Saca el hermoso reloj de oro y lo mira con orgullo*) Si esperas que te diga la hora, Mam', te equivocas. No me convendría, como propietario del reloj, andar diciendo la hora a todo el que la pida. Es cosa de dignidad. Te diré únicamente que hasta este momento tenemos veinticuatro horas metidos bajo tierra.

CELESTE.—Es extraño. Me ha parecido una eternidad.

ESAU.—De no equivocarme, ellos estarán en el kilómetro quince dentro de treinta minutos. Entonces será cuando podamos oír sus voces... y la canción...

CELESTE.—¡Hijos! ¡Mamá Smith! Recemos por ellos dentro de nuestro corazónn. (*Amenaza familiarmente con el dedo a mamá Smith*) Pero, cuidado, mamá Smith: sin favoritismos para nadie. Tres oraciones justas para cada uno. Tres por Israel, tres por tío Eleazar, tres por Jimmy González y tres por Jhonnatan. (*Pausa breve. Transición*) Aunque... esperen... Jimmy González merece una más, siquiera...

(*Todos inclinan la cabeza y rezan en silencio. Terminan y hay un hondo suspiro colectivo. Pausa.*)

REBECA.—Si hubo tiempos felices, mamá Smith, cuéntanos cómo fueron.

MAMA SMITH.—(*Después de dudar un instante*) ¡Bah! ¡Creo que de todos modos no es un pecado re-

cordarlos! (*Suspira. Pausa breve*) Celeste, tu madre, alcanzó una cola todavía, antes del petróleo; antes de que ensuciaran con su cochino petróleo nuestra bonita Amapola Village.

ESAU.—¡Canastos! ¡Entonces hubo un tiempo en que Amapola Village no fué campo petrolero? (*Silba de admiración*) ¡Debió ser divertido!

MAMA SMITH.—(*Lírica*) ¡Sólo blanco algodón, dentro de hermosos capullos! Durante la pizca, mientras inclinados sobre las matas se entonaban nuestras voces, parecía como si la propia tierra cantara. ¡Bellas y tristes canciones para evocar países desconocidos, amores intensos y eternas melancolías! Cierto que los azotes menudeaban, sobre todo si nos descubrían alterando el peso del algodón con piedras o al pisar disimuladamente la báscula. ¡Oh, pero qué tiempos!

CELESTE.—(*Queda, dulce, como una melodía*) Entonces conocí a Israel, en la granja de Davis.

MAMA SMITH.—Poco después llegaron unos hombres gordos y de grandes culos, que eran de la Standard Oil.

ESAU.—Si quieres, mamá Smith, te ahorrarás palabras: lo que sigue lo conocemos demasiado.

CELESTE.—Un poco más que demasiado, si puede decirse.

MAMA SMITH.—De ahí en adelante sobrevinieron todas las desgracias. Todo se volvió muy triste. Hasta los geranios dejaron de sonreír. Entonces tío Eleazar tuvo la ocurrencia de emigrar a la Louisiana. No pasó de Nacogdoches. Durante una tempestad, un rayo cayó a sus pies, a un metro escaso, y cuando el pobre Eleazar se levantó, aturdido, ya había perdido el habla. Ustedes no sabían cómo es que el tío Eleazar se volvió mudo. No queríamos decirlo por pensar que era castigo de Dios y que la gente nos iba a señalar con el dedo. Pero todo debe saberse, hijos míos.

ESAU.—Amapola Village cree que tío Eleazar es mudo de nacimiento.

CELESTE.—Lo creen sólo quienes tienen menos de quince años ahí. Aquello sucedió hace más de veinte.

REBECA.—Para mí, que eso no fué una desgracia. De esa manera tío Eleazár no fué llevado a la guerra y hoy no podrá declarar nada en la Corte, ni contra nadie, así lo rompan a pedazos.

CELESTE.—Hija mía, Rebeca. Cómo pensar que a tío Eleazar lo rompieran en pedazos. Cristo, que todo lo ve desde su reino, no toleraría tanto dolor.

MAMA SMITH.—(*En tono patético, sordo y reconcentrado*) Lo toleraría, Mam'. Oiganlo bien: cuando yo comparezca ante el Divino Tribunal —y no está lejos el día—, declararé frente a los ángeles, los arcángeles, los serafines, los santos y los mártires, no ante Dios, porque mis pecados no me dejarán llegar hasta Él. Declararé que Peggy Ryan si bien fué mujer bondadosa y de muy grande corazón, eso no le quitaba el que también fuera prostituta. Una prostituta blanca, cierto, lo cual parece hacerla menos prostituta, pero eso mismo. Lo diré en el cielo.

CELESTE.—¡Hijos! ¡Mamá Smith! Recemos una oración por el alma de Peggy Ryan. Ella no fué culpable de cuanto nos sucede, sino tan sólo una víctima más. Recemos por su alma pura.

(*En esos momentos se escuchan, fuera de escena, por el lado izquierdo del túnel, voces y palabras inconexas y frases sueltas en inglés que no es posible precisar. El grupo se contrae, intrigado y aprensivo.*)

ESAU.—(*Indica silencio*) Ellos no son... (*Saca solemnemente su reloj y lo mira con orgullo, pero poco a poco le comienzan a temblar las manos. Todos miran hacia Esaú con ansiedad inmensa. Esaú se lleva el reloj al oído con un gesto de desesperación, y después de un instante habla. Con un rictus doloroso, temblándole la voz*) Mam), el reloj de tío Eleazar no funciona... (*Pausa prolongada*) Rebeca: ¿de cuánto tiempo te dijo Jimmy que podríamos disponer...?

REBECA.—Poco menos de treinta horas, a contar de nuestra entrada al túnel. El petróleo sería bombeado a

las doce del día siguiente. La propia mujer del gobernador rompería una botella de champaña en la compuerta.

MAMA SMITH.—(A Esaú) ¿Qué hora marca?

ESAU.—(Mira el reloj como alucinado) Las seis. Las seis solamente. La misma hora de nuestra entrada al túnel. Las mismas manecillas del diablo, rectas y fijas como un puñal. (Sacude el reloj frenéticamente junto al oído. Se detiene, parece reflexionar y luego prorrumpe con aire esperanzado) ¡Esperen! ¡Ahora recuerdo! Tal vez esto no sea tan grave. ¿Recuerdas, mamá Smith, que te pregunté por mi armónica? No era ella la que se había caído. Después sentí entre las rodillas el reloj del tío Eleazar, que colgaba de la cadena. (Transición. Casi triunfal) ¡Alégrense! Si en ese momento fué cuando el reloj se descompuso, a la caída, eso quiere decir que aún contaremos casi con seis horas de ventaja...

(Rebeca camina hacia Esaú y toma el reloj examinándolo con cierto aire irónico.)

REBECA.—(Semi burlona) Miremos tu hermoso reloj de oro con quince rubíes. (Lo sacude junto al oído. En el colmo de la sorpresa. Se vuelve hacia todos) ¡Escuchen! ¡Es increíble! Esaú olvidó de darle cuerda! ¡Esaú, animal, no se te pudo ocurrir! (Le da cuerda furiosamente).

CELESTE.—¡Dios mío! ¡Cómo pueden suceder estas cosas!

MAMA SMITH.—¡Y nadie se cuidó de recordar que el pobre viejo tío Eleazar jamás daba cuerda a su reloj, pues quería que le durara toda la vida...!

(Fuera de escena se vuelven a escuchar las voces. Esaú hace un ademán de silencio.)

ESAU.—(Quedamente) Son ellos, ahora sí...

(Después de un segundo se escuchan perfectamente claras. Sobresale una, absolutamente audible.)

UNA VOZ.—¡Jesus Christh! I like to see only one of this negroes greasers! ¡Only one for this son a ba-beach! ¡And the mexican to!

(*Se hace un silencio prolongado, duro, expectante, agudo y doloroso. Todos se inmovilizan como estatuas, quedándose en las posiciones en que los sorprendió la voz.*)

MAMA SMITH.—(*En un silbido*) ¡Por mi madre que esa es la voz del Sheriff Stephenson!

(*Después de un siglo, Esaú habla, pero sin moverse.*)

ESAU.—(*Con inmensa lentitud*) Ha dicho que quiere encontrarse tan solo un sucio negro; tan solo a un hijo de la chingada negro, y al mugroso mexicano también. Lo ha dicho en nuestra propia lengua, pero es como si hubiese hablado en otro idioma...

(*Nueva y prolongada pausa, hasta que se deja escuchar otra voz.*)

OTRA VOZ.—¡Come back, chief! We have not time. We have only then minutes. If you continued, this is the death.

(*Después de unos instantes, Esaú traduce.*)

ESAU.—Ahora dice que sólo quedan diez minutos y que adelante espera la muerte. Será que no tardan en soltar el petróleo. Esa voz piensa que se refiere a su propia muerte, pero ignora que es la nuestra, la que anuncia.

CELESTE.—(*En voz queda*) Dios, a ti devolvemos nuestras vidas. Gracias por ellas aunque jamás hayan gozado dicha alguna...

(*Después de estas palabras hay un largo, prolonga-*

do silencio e inmovilidad. De pronto se escucha un tiro. Otra vez silencio y más tarde, lejano e impresionante, otro tiro.)

LA VOZ.—(Fuera de escena) ¡Gat them...!

(Ahora parece como si se hubiera disipado el hechizo que envuelve a todos los presentes. Cada uno se va desencadenando de su inmovilidad con movimientos suaves y despaciosos, como en un sueño o en un film de cámara lenta. Luego, ansiosos, todos se agrupan del lado derecho para escuchar. Fuera de escena se escucha un sollozo masculino, entrecortado y desgarrador, que al mismo tiempo parece tener algo de extranatural.)

VOZ JIMMY.—(Entre sollozos) ¡Israel, Israel! ¡Nos hemos salvado! ¡Escúchame: nos hemos salvado. ¡Ahora me reúno contigo! No pudieron nada contra nuestra voluntad y nuestra esperanza.

ESAU.—(Con lentitud, desfalleciente de felicidad) Estas voces sí hablan nuestro propio idioma. Son ellos.

(Se arrodilla lentamente. Todos lo imitan, transportados, iluminados, en una estremecida y profunda acción de gracias. Se escucha la voz de Israel. Supuesta.)

SUPUESTA VOZ ISRAEL.—Fué el propio Sheriff Stephenson a quien acabas de matar, querido Jimmy, quien llevó en su automóvil el cadáver de Peggy Ryan para tirarlo en la carretera, junto a nuestra cabaña. (Pausa. A gritos) Fué el propio Ei Dobleú Stephenson, quien llevó el cadáver de Peggy Ryan para tirarlo en la carretera.

CELESTE.—(Muy bajo) Es la voz de Israel. Ciertó. Nuestro mismo idioma. (Pausa) ¡Pobre Peggy Ryan, Dios la tenga en el cielo!

(Pausa considerablement larga.)

MAMA SMITH.—(Sordamente) ¡El cuerpo manci-

llado de Peggy Ryan en la carretera! Antes de que brotara el petróleo no existía la maldita carretera. No existía y nuestra cabaña estaba en la colina, junto al valle, bajo un cielo limpio y azul.

SUPUESTA VOZ ISRAEL.—(A gritos) Fué el propio Ei Dobleú Stephenson quien entregó las llaves al Kux-Klan para que los linchadores pudieran entrar a la cárcel del Condado a matar negros. ¡Su nombre es Ei Dobleú Stephenson!

(Celeste solloza quedamente y con dulzura. Su sollozo va en aumento.)

CELESTE.—Hijos míos: de pronto me ha entrado un presentimiento horrible. Mamá Smith: tú eres la más vieja entre nosotros; abre la Santa Biblia y lee los primeros versículos con que tropieces.

(Mamá Smith se pone de pie y toma de un hatillo de ropa sucia que ha traído, el viejo y deteriorado ejemplar de la Biblia que siempre lleva consigo la familia Smith.)

MAMA SMITH.—(Abre la biblia solemnemente y señala con el dedo. Con voz litúrgica) "...los filisteos pelearon con Israel, y huyeron delante de ellos los israelitas y cayeron heridos en el monte de Gilboa. Y los filisteos siguieron a Saúl y a sus hijos; y mataron los filisteos a Jhonnatan y Abinadab, y a Malchisús, hijos de Saúl. Y agravóse la batalla sobre Saúl y le alcanzaron los flecheros y fué de los flecheros herido. Entonces dijo Saúl a su escudero: saca la espada y pásame con ella, porque no vengan éstos y hagan escarnio de mí..."

CELESTE.—(Interrumpe con un lamento desgarrado) ¡Es espantoso, madre, basta! Perdón hijos míos. Perdón, Esaú, hijo mayor; perdón Rebeca, hija única. Os pido perdón por las cosas que suceden en la tierra y por todas las lágrimas que derrama el hombre. Besaré vuestros pies eternamente para limpiar mi pecado. Perdonadme como yo perdono a mamá Smith por haber pa-

rido a Israel y haberlo lanzado a que sufriera en este valle de lágrimas. ¡Hijos míos! ¡Mamá Smith! Jamás podremos volver a mirar el rostro de los hombres cara a cara, ni aún el rostro de los de nuestro propio color, por la infinita vergüenza de pertenecer a la misma especie. Jamás podremos estrechar una mano o besar unos labios. La tierra está sola y aún no ha nacido el hombre.

(Silencio. Del lado derecho del túnel se eleva gradualmente, pura y desgarradora la canción de "una muchacha negra", cantada por un bajo profundo.)

SUPUESTA VOZ ISRAEL.—

"Alla lejos en el Sur
está mi amante moreno,
colgado de una rama desnuda,
a la orilla del camino...

Allá lejos en el Sur..." *(Completa)*

MAMA SMITH.—*(Queda, anhelante)* Rebeca, ¿es la canción?

REBECA.—*(Silbante)* Sí... pero no la voz de Jimmy González...

CELESTE.—*(Amorosa y queda)* Israel...

REBECA.—Porque la voz de Jimmy se ha apagado y él ha muerto... *(Canta, entre sollozos).*

"Alla lejos en el Sur... etc."

(Cesa la canción y un instante después aparece tío Eleazar. Todos, que hasta estos momentos permanecieron de rodillas, se ponen de pie, como movidos por una descarga eléctrica.)

TODOS.—*(Aterrados, a una voz)* ¡Tío Eleazar!

(Sin responder, como quien no conoce a nadie, tío Eleazar cruza la escena hasta el extremo izquierdo. Permanece callado.)

CELESTE.—Tío Eleazar. No serías tú quien cantaba.

(Todos esperan ansiosamente. Tío Eleazar no responde, pero cuando lo hace su voz no es humana, sino como la de un perro viejo, dolorido y enfermo. A medida que habla se arrodilla y luego se va encorvando sobre sí mismo hasta pegar con la cabeza en el suelo.)

TIO ELEAZAR.—Era yo. (*Pausa larga*) Ellos me golpearon todo lo que su fuerza les permitió para asegurarse de que yo era mudo. (*Pausa*) Pero no contaron con Dios. (*Pausa*) Cierto que yo no gozaba del habla, pero Israel, con su muerte, me dió su propia voz y sus palabras para que yo hablara en su nombre de lo que no morirá jamás. ¡Rogad por Israel, de quien las bestias no han dejado siquiera el cuerpo que se debe a la sepultura! Llorad por sus sangrientos pedazos que son desde hoy como un gemido eterno en la conciencia de este turbio siglo, de este siglo sin luz, de este siglo de quebranto, de lágrimas y de soledad. ¡Llorad por Jhonnatan Lincoln Fletcher! ¡Llorad por Jimmy González, ese mexicano que aún agonizante de cien heridas, me orientó para encontraros! ¡Llorad por el bello corazón muerto de Jimmy que se ofreció a conducirnos hasta los lindes de su atormentada y generosa patria mexicana, donde hubiéramos sido libres al sólo pisar la tierra! ¡Llorad por los perseguidos de todos los países, de todas las latitudes y de todos los rincones de este mal planeta! ¡Llorad, pues vuestras lágrimas se convertirán en una espada! (*Pausa*) Escuchadme por último: todos hemos llegado tarde para la salvación de nuestro negro cuerpo. Pero como lo dijo Jimmy antes de morir: nada han podido contra vuestra voluntad, ni contra nuestra esperanza. Dentro de breves minutos este túnel será inundado. ¡Dad las gracias por ello, pues el destino nos otorga, así, el más alto privilegio: no morir de muerte de los hombres, sino de muerte de la muerte. (*Se inclina totalmente sobre su cuerpo, la cabeza humillada. Reza*): "...una Nación y conjunto de naciones procederá de ti, Israel, y reyes saldrán de tus lomos: y la tierra que yo he dado a Abraham y a Isaac, la daré a ti: y a tu simiente después de ti daré la tierra..."

(Enmudece. Ha muerto.)

ESAU.—*(Lento)* Tío Eleazar ha vuelto a enmudecer, pero hoy es para siempre.

REBECA.—*(Canta en voz queda. Fragmento)*

“Allá lejos en el Sur
quedó mi amante moreno,
colgado de una rama desnuda,
a la orilla del camino...
Le pregunto al blanco señor Jesús,
de qué sirve la oración...”

Sobre la canción se oscurece la escena y al terminar se corre un

Telón lento final

Próximo Número:

EL EMPLAZADO

DE

Paulino Masip

NUMEROS PUBLICADOS:

1. LA HUELLA
de Agustín Lazo.
2. JUDITH
de Adolfo Fernández Bustamante.
3. OTRA PRIMAVERA
de Rodolfo Usigli.
4. EL POBRE BARBA AZUL
de Xavier Villaurrutia.
5. EL PECADO DE LAS MUJERES
de Catalina D'Erzell.
6. CARA Y CRUZ
de Max Aub.
7. SAN MIGUEL DE LAS ESPINAS
de Juan Bustillo Oro.
8. EL, ELLA Y EL OTRO
de José Remírez M.
9. LA CARETA DE CRISTAL
de Francisco Monterde.
10. BAJO LA LUZ DE LAS ESTRELLAS...
de Ladislao López Negrete.
11. LA SILUETA DE HUMO
de Julio Jiménez Rueda.
12. ¡QUIERO VIVIR MI VIDA!
de Julia Guzmán.
13. EL DOLOR DE LOS DEMAS
de Ricardo Parada León.
14. AMAR, ESO ES TODO
de Enrique Uhthoff.
15. LA FAMILIA CENA EN CASA
de Rodolfo Usigli.
16. EL CRIMEN DE INSURGENTES
de Antonio Helú y Adolfo F. Bustamante.
17. FRENTE AL ERROR
de Pablo Prida.

Techo Eterno Eureka, S.A.

Fabricantes de Productos
de Asbesto - Cemento

Láminas
Tuberías
Tinacos
Arbotantes

SOLICITE INFORMES Y PRESUPUESTOS EN LAS OFICINAS CENTRALES

REFORMA NUM. 11

TELEFONOS:

ERIC. 13-25-66

MEX. 35-17-55



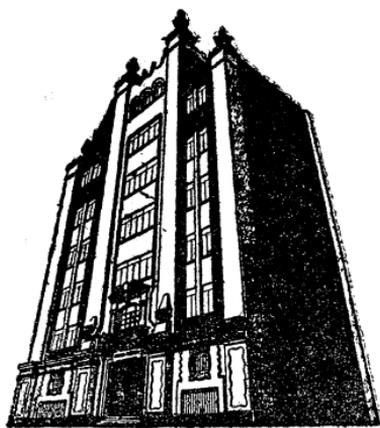
MEXICO NUEVA YORK *sin transbordos*

Usted puede ir de México a Nueva York con las comodidades que sólo pueden disfrutarse en Ferrocarril, en viaje directo, sin transbordos.

Diariamente salen de la Estación de Buenavista 3 modernos coches pullman equipados con clima artificial.

Así, con este estupendo **SERVICIO DIRECTO**, se realiza el viaje entre la Ciudad de México y Nueva York, **SIN QUE EL PASAJERO TENGA QUE TRANSBORDAR EN NINGUN PUNTO DEL CAMINO.**

FERROCARRILES
NACIONALES *de* **MEXICO**



Nacional Financiera, S. A

Por medio de la emisión de los
Certificados de Participación

Recoge los capitales ociosos y los encauza hacia la promoción de diversas empresas que contribuyen a integrar una sólida estructura industrial.

Invierta usted su dinero productivamente comprando estos títulos. A la vez que son valores de rendimientos adecuados y seguros, le brindan la oportunidad de fomentar la expansión industrial del país.

VENUSTIANO CARRANZA ORIENTE 4 N° 853
APARTADO No. 3553. MEXICO, D. F.
